

# EN REPOSICION

A una sola línea de "La Ventana Indiscreta" ("Mañana será tarde", 18 de octubre) contesta don Juan de Arespacochaga y Felipe, alcalde de Madrid, con una carta. No es un abuso de autoridad. Es una explicación tan lamentable que lo generoso hubiera sido no publicarla. Como el señor Arespacochaga entenderá lo contrario, accedemos, sin embargo. Dije —y vuelvo a decir— "hemos asistido, con sonrojo, al servil comportamiento de un Alcalde, ex franquista histórico, que inclinaba la cabeza ante Dolores Ibarruri o Santiago Carrillo..." Pues bien: no hay que suprimir ni una sola coma. Si alguna duda me cabía al respecto, hoy ha quedado aclarada: más o menos era de común conocimiento el juicio de que Arespacochaga no pasará a la historia de Madrid alineado con los grandes alcaldes de la Villa y Corte, si bien es verdad que esta falta de estatura puede disculparse en la medida en que su gestión se ve agobiada por la agitación marxista que, planificada en Bucarest, cerca día y noche a la Casa de la Villa. Lo malo es que desde hoy todos vamos a estar en el secreto de que también es un mal político. La explicación a su presencia en la Casa de Campo no puede ser más endeble, ya que sólo en la medida que pudiera acreditar su presencia en otras asambleas de partidos o festejos ideológicos, cabría una excusa tan gruesa. Que su anticomunismo sea conocido no añade ni quita nada a la cuestión de la presencia del Alcalde de Madrid en la Casa de Campo. Que fuese beligerante, combatiente, frente al comunismo, es cuestión de la que no soy responsable. Duda de mi posición antimarxista y de mi resolución de combatirlo en caso necesario. Sólo puedo asegurar dos cosas: en 1936 tenía cuatro años; en 1977 tengo los suficientes para haber elegido, en libertad, mi posición. Soy fiel a lo que él fue fiel y ya no lo es y estoy más cerca del honor de la Medalla Militar —perdóneme la inmodestia— ganada por un antecesor suyo en la Casa de Campo que de su sumisión, pareja a la de tantos otros que entregaron una victoria al adversario y que derribaron un Régimen que no les pertenecía por entero. Comparto, en cambio, su anhelo de futuro. Pero me temo que si el futuro está determinado por la liquidación de los Crucifijos en las instituciones públicas; por la libertad, sin condiciones, de asesinos a sueldo; por el atropello a la Ley y por permanecer impasibles ante manifestaciones en las que se amenaza a un sector de la población española, asegurándole que sólo le quedan tres meses de vida, puedo garantizar que ese futuro no me interesa nada o me interesa desde una óptica distinta a la suya. No hay ánimo de reconciliación en el marxismo, sino de abierta revancha. El señor Arespacochaga estuvo en la Casa de Campo y pudo escuchar gritos intempestivos contra los Reyes de España o contra aquellas cuestiones que acaso defendió arduosamente durante la contienda civil. Su actitud ante La Pasionaria no fue noble; fue incongruente y lo más que puede reportarle a cambio, créame, es una patente de "tonto útil". Si fue servidor del Régimen —subsecretario, si mal no recuerdo— acaso no permanecerá impasible ante la expulsión de las efigies de Francisco Franco de Ayuntamientos y Diputaciones, a la mutilación de monumentos a los Caídos —los caídos, fueron, en gran parte, sus camaradas muertos ¿o no?— a toda suerte de ofensas, vejaciones, que se vierten sobre los hombres y las cosas del Estado del 18 de Julio.

De ese Estado, no fui nada, salvo súbdito. No ocupé cargo alguno ni recibí más monedas que las que gané con mi trabajo cada día. No fui siquiera concejal. Nada debo al franquismo ni al Régimen. Pero en cambio me debo a mí mismo cierto respeto. Y como muchas veces grité hasta enronquecer aquello que ustedes nos enseñaron a los de mi tiempo de "Franco, sí, comunismo no", sigo en mis trece. Pertenezco a una generación desdichada que ha visto envilecerse a muchos de sus maestros, achicarse a algunos de sus mayores y evolucionar, atropelladamente, a quienes usufructuaron una victoria por el sólo hecho de permanecer en unos puestos con honores y prebendas. Desde mi posición de hombre libre, de periodista modesto, de español de filas, estoy en el derecho de mirar con un infinito desprecio a cuantos no han tenido la gallardía de defender un Estado de Derecho, ni de alzar una sola voz —una sola hubiera bastado— en defensa de la memoria del más importante estadista de nuestra historia. Desde esa posición dos cosas sí puedo garantizar: jamás aspiraré a ser alcalde, pero jamás me veré en la obligación de inclinar la cabeza ante asesinos.

No sé si será Arespacochaga un buen o mal Alcalde, porque hace mucho que no ando en eso de la crónica municipal, pero tengo derecho a suponer que su visita a la Casa de Campo no está entre las obligaciones estrictas que le otorga la presidencia de la Casa de la Villa. Yo no confundo el patriotismo con el partidismo. Tanto es así que no pertenezco a partido alguno. Creo en pocas cosas, pero firmemente. Y por desgracia he tenido que eliminar de esas pocas cosas en las que creía, a muchas figuras que han dado a España y al mundo una insólita lección de cobardía. Sépalo usted, señor Arespacochaga: ante algunos enemigos, fieles a sus ideas y leales con su pasado, por más borrascoso que resulte, me descubro. Ante "su gesto", me tiro al suelo de risa. Disculpémé, sea bueno y no me escriba más.

Antonio IZQUIERDO